

Queridos compañeros:

Me hago la ilusión de que después de nuestro último contacto, todos vosotros y vuestras familias continuéis en buen estado de salud, y os animo a que sigáis tomando todas las medidas necesarias para no entrar en riesgo, precaución que seguramente será muy importante cuando, por la natural dificultad de mantener las actuales restricciones, se comience a relajar la disciplina.

Algunas cosas que hoy debo deciros son tristes.

CARLOS GARCIA MONZON, miembro del Aula desde su fundación, desconocido de muchos porque en las reuniones escuchaba y sólo opinaba luego en pasillos y cenas, fue un gran empresario y dueño de la que seguramente era la segunda naviera española; pero, además, era un hombre de pensamiento profundo, muy culto, de muchísimas lecturas, y añadía a ello que era un artista, de la pintura y de la escultura; la estatuilla de bronce que el Aula otorga como Premio al Mérito por España, nos la hizo él para este fin, y por ello refleja una dama clásica que, con sus brazos y sus piernas, dibuja las letras AP de Aula Política. Pues bien: hace unos días falleció, creo que no por coronavirus; y como es propio de estas semanas, no hemos podido acompañarle hasta la sepultura ni participar en ningún funeral en su memoria.

JULIO ANICETO era mi médico de familia, primero del Hospital Clínico San Carlos de Madrid, luego privado; cuando las autoridades nos mandaron el mensaje de que si temíamos sufrir el coronavirus, llamáramos a un teléfono saturado pero que no fuéramos a los Hospitales, yo me tranquilicé pensando que en la duda, podría consultar a Julio Aniceto; pero Julio decidió mantener abierta su Consulta, se infectó y murió del virus en el Hospital Clínico; es uno de los héroes de esta batalla a los que Nieves y yo aplaudimos desde nuestras ventanas, todos los días a las 20 horas, mientras un joven vecino lanza al aire por su altavoz el Himno nacional y otras melodías. Lo cuento no solo por resaltar su ejemplo y porque fuera mi amigo, sino también porque sin haberse inscrito en el Aula, nunca dejó de asistir con su mujer a cuantos actos públicos hemos organizado, de presentación de libros, o de fin de curso o de ciclo; sin estar registrado siempre me decía que se consideraba miembro del Aula.

Ellos dos y tantos otros, descansen en paz, acompañados de nuestro recuerdo y/o de nuestra oración.

Naturalmente estamos pendientes de saber cuándo podremos retomar la actividad del Aula y del Instituto en general. Por ahora hemos de limitarnos a leer en la Web del Instituto las reflexiones que el problema y sus soluciones suscitan en nuestros compañeros. Pero el futuro de nuestra sociedad se presenta inquietante. Perdonad que repita mi tesis de que nos acercamos en Occidente al final del ciclo cultural apolíneo; y que el próximo dionisiaco puede ser mejor, pero también peor como trágicamente ocurrió en el XX; que son cada vez más las señales de acercamiento a lo dionisiaco. Y los cambios de ciclo se aceleran al concurrir elementos catalizadores, como las guerras u otras catástrofes, económicas o de salud. ¿Tenemos que recordar que el hundimiento de las monedas, el hambre, el frío, la inseguridad... fueron factores clave para el establecimiento de las dictaduras nazi o comunista?

Desde nuestra filosofía política debemos apoyar que siempre, y especialmente en momentos de tragedia, nos sacrifiquemos todos para dar el mínimo vital a tantas personas, muchas más ahora, que carecen de lo imprescindible. Y tampoco podemos oponernos a que el Estado supla la actividad empresarial que desaparece si no hay empresarios dispuestos a recibir créditos y retomar la actividad. Pero el mínimo vital es un concepto impreciso en el quantum y en el qué; las masas pueden preferir el subsidio alienante al esfuerzo; escuché decir estos días que diez millones de españoles habrán de vivir de “lo público” (que es lo que los privados aportamos); los Lenin y compañeros pueden aprovechar la situación, bajo apariencia democrática mientras les convenga, para volver a imponer la tiranía en alguno de sus grados; en el XX, la media Europa de los Imperios Centrales siguió su senda, mientras Inglaterra y Francia lo consentían.

Ahora nos da un cierto confort la Unión Europea; como nos decían de niños, los países de la UE son una “buena compañía”; pero tampoco es para entusiasmar. Nos ofrecen miles de millones para salir de la crisis, lanzando la máquina de fabricar euros que así se devalúan; son ayudas que las naciones dominantes necesitan dar, tanto como nosotros recibir, para mantenernos como consumidores de sus productos; y nos las ofrecen a título de préstamo. (Si no hubiéramos entrado en el euro, tendríamos lo mismo imprimiendo nosotros pesetas devaluadas).

Pero han rechazado tajantemente asumir entre todos la carga de la supervivencia. Yo entiendo las razones de los muy civilizados holandeses y germanos que no quieren soportar el sacrificio de sacar de la miseria a los vagos o derrochadores del Sur. Pero al mismo tiempo, no dejan de introducir en sus hospitales, albergues, centros o nóminas de asistencia social, a aquellos de sus ciudadanos que lo precisan, no solo a los necesitados sin culpa, sino también a los que no quieren trabajar o que prefieren vivir del vicio. ¿por qué esa diferencia? La contestación es muy sencilla: no quieren que seamos de una misma nación.

Ya sé que estas ideas que expongo necesitan muchos matices y debates. Yo mismo lo haría aquí si pudiera o debiera extenderme. Ahora solo pretendo señalar que tenemos temas muy serios para nuestros próximos estudios.

Un abrazo de vuestro amigo.

12.IV.20

Fdo: José Manuel Otero Novas